

—Venid á descansar, Matilde hermosa;
Al mirarla llorar, dijo Doña Ana,
Queriendo desterrara de su mente,
El recuerdo fatal de sus desgracias!

o Venid á descansar por un momento:
Recuperad las fuerzas que os faltan,
Durmiendo, sin cuidado, hasta que asome
Por el Oriente el sol sus rojas llamas.

—Vamos, señora, contestó Matilde,
Temiendo con su llanto importunarla:
Vamos; y ambas entraron en la alcoba
En que dormía la sensible Ana.



SEGUNDO PASO.

EL AMANTE Y EL MARIDO.

Con los que son ricos, como
Mi dinero es mi delito;
Si me lo dan lo permito.

AGUSTIN MORETO.

En ese mismo momento,
En que de contar su historia,
Que tenia en la memoria,
Matilde hermosa, acabó;
En otra casa de México,
Un hombre á su bella amante,
A quien ama delirante,
Así con afan la habló.

—Clara, creeme: yo te adoro,
Como nunca amar creía,
Y siento que cada dia,
Es mi amor mas puro y fiel.
Y conozco que el destino,
A tu poder me encadena,
Y que muriera de pena
Si me olvidaras, cruel.

—¡Oh! no puedo persuadirme
De esa pasión ponderada,
Cuando por una criada,
Me llegastes á olvidar.
Sí, desde entonces, zelosa,
Por todas partes te sigo,
Pues que me humilles, te digo
Que nunca he de perdonar.

Sí, Lárraga, cual yo te amo,
Me has de amar precisamente:
A mí, Gil, tan solamente,
A mí, sí, constante y fiel.
A mí, que por tí he olvidado
Mis mas sagrados deberes.
Y á quien tratan las mujeres
Con escarnio el mas cruel,—

D. Gil, en cuya alma ardiente
La lujuria residia,
Mas y mas que se encendia,
Sintió su impura pasión.
Y frenético abrazando
A aquella que era su hechizo,
Mil y mil protestas la hizo
De amarla en el corazón.

—Aquel solo fué un capricho
Que pasó rápidamente,
Como el relámpago ardiente,
Como el meteoro fugaz.
Que te ofendí, bien conozco,
Mas desde entonces has visto,
Que solo para tí ecsisto,
Sin que ya turbe tu paz.

Todo es tuyo; mis riquezas,
Mis ilusiones, mi vida,
Porque esta á la tuya unida,
Está por el mismo amor.
Todo es tuyo, tú lo has visto;
Jamás nada te he negado,
Pues mi ventura he cifrado
En complacerte, en mi ardor.

Si el nombre vil de usurero
Me dan en México, Clara,
Y á premio pongo, repara,
Hasta el aire al respirar,
Es por tí, por tí, mi vida,
A quien yo quisiera un trono
Dar de mi amor en abono,
Y aun toda la tierra dar.

Soy viejo, sí, mas mi pecho
 Late con la fuerza ardiente,
 De la juventud, que siente
 Todo el fuego del amor.
 Y ama con aquella fuerza,
 Que es nuestra dicha y martirio,
 Y que en continuo delirio
 Nos hace estar, y en dolor.

Clara, que solo anhelaba
 Cautivo tener el pecho
 De D. Gil, y á su albedrío
 Tenerle siempre sujeto,

Sintió un placer inefable,
 Satisfacción sin ejemplo,
 Al escuchar sus palabras
 Y sus fuertes juramentos.

No porque amor le tuviera,
 No, sino porque su pecho,
 De humillación se exaltaba
 Al más leve pensamiento.

Quería ser, por orgullo,
 Ella sola el dulce objeto,
 De las atenciones todas
 Del que amor la juró un tiempo.

Así el corazón humano
 Suele ser; ve con desprecio,
 O con fría indiferencia,
 A aquel que latir no le ha hecho.

Pero si ve que aquel mismo
 Se acerca rendido y tierno
 A otra persona, se exalta,
 Y siente infernales celos.

Esto sucedía en Clara:
 No amaba á D. Gil, empero,
 Por otra al creerse olvidada,
 Sintió un terrible despecho.

Veía en Lárraga, un hombre
 Lleno de achaques y viejo;
 Mas esto, á pesar, sufría
 De que la ultrajó, al recuerdo.

Y por eso ahora, contenta,
 Al verle de amor frenético,
 Goza ella del dulce encanto
 Que preferidos da el vernos.

Mas ¡ah! cuánta diferencia
 Había de estos afectos,
 A aquellos que proporciona
 Un amor casto y sincero...!

En este todo es delicia,
Estasis y arrobamiento,
Indefinibles deleites,
Iguales á los del cielo.

En aquel, todo zozobra,
Impío brutal deseo,
Que acaba pronto, y que deja
Tras de sí, remordimientos.

Pero D. Gil se juzgaba
En aquel corto momento,
El mas feliz de los hombres,
De Clara al sentir los besos.

Pero cuando mas dichosos
Se juzgaban y contentos,
Con estrépito la puerta,
Abrióse del aposento.

Y sin que para gritar
Tuvieran siquiera tiempo,
Amarrados fuertemente
Los dos amantes se vieron,

Por unos enmascarados
Que amenazándoles fieros
Con sus agudos puñales,
Les impusieron silencio.

—Dadnos al punto la llave
De la caja, do el dinero
Teneis guardado, D. Gil,
O pereceis al momento.

Vamos ya. — Por Dios, señores!
— O sois al instante muerto.
La llave pronto, la llave
De vuestra caja de hierro. —

D. Gil miraba su ruina
En darles la llave á aquellos
Que airados se la pedian
Amenazando su pecho.

Veía que iba á perder
El Dios de él, que era el dinero,
Que á fuerza de mil fatigas
Adquiriera en mucho tiempo.

Y aunque entre el perder la vida
O su capital inmenso,
Estuvo indeciso un rato
Su corazon avariento,

Al fin por dar decidióse
La llave, de pena lleno,
Y él mismo á entregar el oro
Fué á sus enemigos fieros.

Estos, á quienes ya habrá
Conocido en el momento
El lector, por los aliados
Que servian á D. Pedro,

Despues que se apoderaron
De cuanto habia en dinero,
Las alhajas y las prendas
Mas valiosas le pidieron.

Y D. Gil, que un puñal siempre
Tenia delante del pecho,
Entregándoles fuè todo,
Que le mataran temiendo.

—¿Ya no hay mas? le preguntaron.
—Nada ya, señores, tengo:
Toda la casa habeis visto,
Y las cómodas abierto.

—Está bien; por si algo queda,
Otro dia volveremos;
Pero antes de que salgamos,
Do estábais os dejaremos.—

Y á donde se hallaba Clara
Otra vez se dirigieron,
Y á ambos dejando amarrados,
De la casa se salieron.

El lector tendrá presente
El diálogo que D. Pedro
Tuvo con el vil Doctor,
Su mas leal compañero.

Y se acordará tambien
De que le encargó en secreto,
Viese á Pablo el capitan,
Sin pérdida de momento.

Y tampoco habrá olvidado
Que á las once dispusieron,
Que haria el Doctor sin falta
Lo que dispuso D. Pedro.

Y que éste, al marcharse aquel,
Fuè á la calle de Plateros,
Para cojer una casa
Donde vivia un joyero.

Pues bien, los que á D. Gil Lárraga
Robaron y sorprendieron,
Cumplieron con el encargo
Que al Doctor hizo D. Pedro.

Cómo lograron subir
Sin hacer ruido ni estruendo,
Fácil es saber, pues era
De ellos aliado el portero.

Mas dejando á los aliados,
Que iban por demas' ligeros,
Volvamos á los robados,
A quienes ataron fieros.

Sentada sobre una silla,
Y atada con un pañuelo,
Está Clara, procurando
Desatarse, en su tormento.

En otra silla está Lárraga,
Atado y sin movimiento,
En frente á la cara prenda,
A quien contempla en silencio

Y entre sí reflexionando
Con afan y sin sosiego,
Que aquella muger la causa
Era de un golpe tan fiero,

Esclamó desesperado,
Brotando sus ojos fuego,
Y con los piés golpeando
La silla á que está sujeto.

—;Maldito sea mi amor,
Que me ha hecho olvidar que debo
Cuidar de mis intereses
Sin dormirme ni un momento..!

Y sin cesar rechinaba
Los dientes de rabia lleno,
Y mordiéndose los lábios
Hasta sacar sangre de ellos.

¡Maldito sea mi amor,
Y tú tambien, vil objeto,
En el que puse mis ojos,
Porque así quiso el infierno..!—

Clara, que miró la ruina
Del infeliz usurero,
Frenética contestóle
Con mil terribles dicterios.

Mas quedaron ambos mudos
Cuando los pasos sintieron
De otra persona, que á poco
Entró á donde estaban ellos.

—;Clara..! dijo el que hubo entrado.
—¡Hipólito..! ¡Dios eterno..!
Lárraga y Clara esclamaron
De repente en el momento.

Y á estas tan cortas palabras,
Siguió un sepulcral silencio,
Tras el cual prosiguió Hipólito,
Así con marcado acento.

—El amor, esposa ingrata,
Que tengo á mis hijos tiernos,
Y el no querer presentarles
Ni el mas leve mal ejemplo,

Causas han sido muy fuertes,
Que me han obligado ha tiempo
A disimular las faltas
Que he notado en tí en silencio.

Mas al verte en este sitio,
En tan impropio momento,
Y al lado del hombre infame
Que de infamia te ha cubierto,

Te abandono para siempre
Sin darte un castigo horrendo.
Porque ser tan despreciable,
Solo merece el desprecio.

Y vos, D. Gil, hombre inicuo,
Que la union habeis deshecho
De una familia inocente,
Y la calma de mi pecho,

Seguid la vida de infamia
Que hasta aquí seguisteis ciego:
Seguid, que pronto el castigo
Os ha de mandar el cielo.

Y sin decir mas palabras,
Abrumado con el peso
De su desgracia inaudita;
Salió de allí en el momento.

Y disimulando, amante,
El dolor de su alma acerbo,
A su vivienda al llegar,
Abrazó á sus hijos tiernos.

—¿En dónde se halla mamá?
Le preguntó el mayor de ellos.
—¡Tu mamá..! nos ha dejado..!
Ha ido á un asunto á Querétaro.

—¡Sin despedirse..! cruel...
—Sí, muy mal, muy mal ha hecho...—
Y á sus ojos se agolparon
Mil lágrimas al momento.

—¡Estais llorando, papá..!
—No... será de sentimiento...
Y el infelice las lágrimas
Procuró enjugarse luego.—

Mas á esta triste familia,
Con su hondo pesar dejemos,
Y digamos cómo entrara
A casa del usurero

El infeliz D. Hipólito,
Poco despues del momento
En que de casa de aquel
Los aliados se salieron.

Como era asaz altanera
Su esposa, y de infernal génio,
Nunca el buen hombre á su casa
Iba sin llevar dinero.

Así es que, cuando la suerte
Le abandonaba un momento,
Y no hacia corretajes
Por su desgracia y tormento,

Empeñaba alguna alhaja
Para salir del aprieto,
Alhaja que la sacaba
Si soplaba bien el viento.

Pues bien, la crítica noche
En que por dicha nos vemos,
Era una de las aciagas
En que no encontró dinero.

Noche en que él se dirigió
Á la vil casa de empeño
De D. Gil, para empeñar
Su reloj de oro selecto,

Acababan de robar,
Como ya dicho tenemos,
Los aliados, cuando Hipólito
Llegó al zaguan sin aliento.

Y al ver las puertas abiertas
Sin criado ni portero,
Subió veloz la escalera,
De todo temor ageno.

Anduvo la casa toda,
Y entró al fin al aposento,
En donde encontró á su esposa
Con el infame usurero.

Lo que despues sucedió
Ya sabe el lector benévolo,
Por lo cual en este punto
Esta historia dejaremos.

